

Nikolai Nikolaevich Yakovenko

(1919 - 2000)

***Antes de la tormenta* 1982**

óleo sobre lienzo

Donación de Ellie Sonntag

Mientras el viento amenaza con arrastrar el grano, tres mujeres trabajan juntas para sujetar la cosecha del día y protegerla de la lluvia inminente. Uniéndose para llevar a cabo la tarea, las mujeres fortalecen y maximizan sus esfuerzos. ¿Cuándo has ayudado a un amigo en un momento de necesidad? ¿Cuándo te ha ayudado alguien a ti?

Más información sobre el papel de las aldeas en la Unión Soviética aquí:

Nikolai Nikolaevich Yakovenko (1919 - 2000)

Antes de la tormenta 1982

óleo sobre lienzo

En esta escena rural, el viento azota a tres mujeres aldeanas mientras trabajan juntas para colocar una lona sobre un pajar. Al fondo, un hombre junta apresuradamente otro montón de heno mientras el cielo se agita con una tormenta inminente. La mujer del primer plano lucha descalza mientras se estira hacia arriba, con la cara agrietada por el viento.

Cuando Yakovenko pintó esta escena en 1982, las aldeas soviéticas ya no eran el corazón de la vida cotidiana, sino un recuerdo. A partir de la década de 1960, y de forma acelerada durante la de 1980, millones de ciudadanos soviéticos abandonaron el campo para trasladarse a las ciudades. La vida urbana prometía empleos modernos, educación y acceso a los bienes materiales. Sin embargo, el costo fue elevado, ya que aldeas enteras se vaciaron. Las generaciones mayores solían quedar atrás, y las aldeas se convertían en lugares de visita a los abuelos en lugar de hogares.

Sin embargo, a medida que las personas se alejaban de la vida en las aldeas, también empezaron a idealizarla. Una ola de nostalgia recorrió la cultura soviética tardía. La vida en las aldeas pasó a simbolizar algo puro, arraigado y resiliente. Muchos la imaginaban moralmente más rica que la experiencia urbana soviética, que a menudo resulta alienante y agotadora. En el cine, la literatura y la pintura (como en esta), las escenas rurales representaban tradiciones y valores en vías de desaparición. La población urbana anhelaba esta versión rapsódica de labor compartida, tareas sencillas, unidad familiar y profunda memoria cultural. Sin embargo, la idealización no siempre coincidía con la realidad.

Durante décadas, el régimen soviético intentó borrar la singularidad cultural de estas aldeas. En las décadas de 1930 y 1940, Stalin deportó a grupos étnicos enteros. Las lenguas, religiones y costumbres autóctonas fueron erradicadas. La campaña de modernización de Jruschov en la década de 1950 continuó este proceso, con el objetivo de superar lo que el Estado llamaba "atraso campesino". La religión, especialmente fuerte en las áreas rurales, se consideraba incompatible con los ideales comunistas. Se cerraron iglesias y se desecharon tradiciones.

Sorprendentemente, la aldea persistió, funcionando incluso como una especie de santuario. Situada en los márgenes, protegía los mismos idiomas y costumbres que el Estado intentaba borrar. Con el tiempo, llegó a representar una patria cultural, no necesariamente por lo que todavía era, sino por lo que la gente esperaba que hubiera sido alguna vez.

La idea de la aldea no solo se vio afectada por la pérdida cultural, sino también por la medioambiental. Durante el último período soviético, la destrucción ambiental alcanzó niveles extraordinarios. El gobierno desvió ríos para proyectos agrícolas masivos, secando masas de agua como el mar de Aral. Lagos contaminados, suelos envenenados y pruebas nucleares dejaron a comunidades rurales enteras enfermas y silenciadas. La explosión de Chernóbil ocurriría apenas cuatro años después de que se pintó este cuadro. Para entonces, el campo no solo estaba despoblado, sino también dañado.

En este sentido, la tormenta de Yakovenko parece profética. No es solo un cambio en el tiempo, sino un presagio de la destrucción provocada por el hombre. Es una despedida de la aldea como forma de vida y una elegía por todo lo que llevaba consigo: recuerdos, creencias, idiomas y el frágil equilibrio entre el ser humano y la tierra.

Sin embargo, en esta obra, la aldea sigue en pie.